

NOTA DEL AUTOR

Escribimos aforismos al modo del relojero que trabajaba con limas y pequeños yunques. Intentamos que sirvan de florete u obús, con afán de exactitud neta y clara, más nervio que músculo, para que sean abruptos o gentiles, fosforescentes o tenebrosos. En cada auge clásico, los mejores aforismos tienen un destello de verdad compacta, de algo que estaba ahí desde hacía ya tiempo predispuesto a ser formulado con la máxima brevedad, como una simetría secreta de la experiencia.

Proviene de un choque tectónico entre la libertad del ingenio y la anatomía del amor propio. El aforismo puede ser sospechoso de anecdótico o de cínico, argumentar un prejuicio o propagar una ambigüedad pero es así que, tanta veces, cristaliza la literatura.

A través de los siglos perduran en aguas de mucho calado, con caparazón de artrópodo reluciente, brutalmente articulado. Pascal o Nietzsche son eso. Al otro lado del río, otros han soñado en reducir la cosmología a la brevedad bíblica: para eso está el Génesis.

Desde hace ya años escribo un dietario, del que he ido publicando algunas entregas. No pocas veces

por casualidad se comporta a la manera de un vivero de aforismos. En cambio, escribí las piezas de *Azar y costumbre* en 2024 con el propósito de que fueran un libro y, como tal, también hábito y forma aleatoria. Con el tiempo, quizás alguno de esos aforismos logre por azar o costumbre un toque de plata vieja y alguien lo cite sin saber quién lo escribió, como ocurre con los epitafios. Esa sería otra casualidad porque, en mi caso, su origen fue artillería de campaña, llevada de aquí para allá en horas intempestivas, de insomnio o rutina. Es más de *dry martini* que de pinta de cerveza.

Contrapondríamos la concisión astringente del aforismo a la logorrea emocional del lenguaje público, saturado de eslóganes autocomplacientes y literatura del trauma. Aforismo, sentencia o máxima condensan con tersura pensamiento y observación en la menor cantidad de palabras. Suele ser provechosa una suerte de *imperatoria brevitatis*, como se han dado las órdenes y los consejos que marcan la Historia. Tácito da ejemplo: «Cuanto más corrupto es el Estado, más leyes tiene».

El aforismo habrá sido concebido *ab ovo*, por forcipresión o aparece como elemento prendido en el caudal de la prosa. De Gracián a Jardiel Poncela el aforismo va a saltar después de estar agazapado en las páginas de una novela, un manual de buenas maneras, una réplica teatral o incluso en un artículo. En las páginas de un memorialista como Retz puede circular tanta electricidad como en un arco voltaico. Los caudales de la prosa *grand style* arrastran cantos rodados que, gloriosamente, acaban emulando la perfección de las

pepitas de oro. De Retz: «Nada indica tanto el juicio sólido de un hombre como saber elegir entre los grandes inconvenientes».

Al modo de la presión tectónica que vetea los mármoles, en los tumultos de la prosa y ya sean de épocas esplendorosas o muy fatigadas, entran en escena los moralistas franceses en la época de Luis XIV o Nietzsche avistando el crepúsculo de los dioses. Otros escribimos en tiempos de confusión banal, *influencers* del desarraigo y caos a la salida de un bingo.

Pequeñas o grandes verdades asistemáticas acuden a la mente que observa, a partir de su trato con la vida. Contemplamos el comportamiento humano y nos da una instantánea que es de siempre y a la vez distinta. La mirada clásica y cruel desveló los mecanismos perpetuos de la acción humana y eso, de una u otra manera, contribuye a otra grandeza del espíritu.

Solo los aforismos más artificiosos se desgastan en las sobremesas y columnas periodísticas. A veces los citamos al revés, como ocurre con el ingenio de Oscar Wilde. Así son los aforismos, maduran o se agrian, sedimentan o se desfloran. Su mérito, por lo menos, es que son muy claros, sobre todo al describir la finitud y la maldad. Pascal estuvo en todas las eras de la Historia, también las venideras: «No somos más que mentira, duplicidad, contradicción y nos escondemos y disfrazamos a nosotros mismos».

Las costumbres cambian tan velozmente que ya no se puede ser animal de costumbres.

*

De niño ver hornear el pan es como recitar los grandes ríos y oír lo que dicen.

*

Avergonzarse de los padres es un pecado capital del que ni se confiesan los confesores.

*

La teología clásica es muy clara: el demonio no debe ser creído aunque dijera la verdad.

*

Doblar un sendero del bosque y entender que por ahí pasó uno de nuestros antepasados, en cualquier siglo.

*

Dios está en cada tecla del ordenador.

*

No pocas veces odiamos para no agradecer.

*

El hiper-racionalismo acaba en la magia negra, como el tras-humanismo acaba en el quirófano.

*

No es un golpe de luz, pero un día sabes que no serás lo que quisiste ser y que eso no te hace de menos.

*

Al arribista le suelen delatar las corbatas, aunque se las elija el peluquero.

*

Al final de cada época de tu vida, miras hacia atrás y casi siempre hay un hombre de tu misma edad, sentado sin mirar hacia nada.

*

La sátira es para escritores sempiternamente jóvenes, engreídos y sin cordialidad.

*

Una mujer tan decorativa que llevó a su marido a presidir un club de segunda división y luego a la cárcel.

*

Escribió un tratado sobre el mal y los demonios se le colaron por el índice onomástico, en bandada.

*

Quien pretende mejorar para siempre al ser humano acaba amputándole, primero la memoria.

*

Con tantas cosas que saben las coquetas profesionales y sin embargo la sonrisa fácilmente se agosta en sus labios.

*

Devastados por el amor de una mujer y ya descartado el ingreso en un monasterio, nos quedaba la barra de los bares solitarios, pero habían cerrado todos.

*

Respetemos a las personas inseguras que por no tomar decisiones no traspasan rubicones ni hacen la revolución.

*

Para atajar la perplejidad de Job doparlo sería un escape, posiblemente letal.

*

Un librepensador es un publicista de izquierdas que escribe los editoriales de un periódico de derechas.

*

La educación no es la adecuada cuando a un niño no le dan miedo los cuentos de terror.

*

Murió anciano y decrepito, en la plenitud de la inmadurez.

*

Ser más consciente de los propios defectos que de los méritos es otro defecto más.

*

Las alegrías restañan la culpa; las tristezas la atraen.

*

Escribir cartas de amor es algo accidental porque uno solo escribe cartas sobre sí mismo, con o sin disimulo.

*

Entre un ego gótico y un ego barroco se incrementan la pesadumbre y la conspiración, ese frío negro que acaba con la alegría.

*

La fortuna ayuda especialmente a los mendaces.

*

Tantas revoluciones redentoras y amaneceres históricos entraron en escena para brutalizar la humanidad.

*

No hay norma imperecedera y así los pecados mortales pasan a ser veniales, porque las nuevas costumbres nos cambian.

*

Nos queremos creer que hay una diferencia nimia entre parecer un niño mimado y serlo de verdad.

*

Ausente la contingencia del pecado, Occidente se quedará sin literatura.

*

Ejércitos galopantes de almas desencarnadas se incorporaron a las grandes guerras, con más maldad que el soldado miedoso y con más mando que el osado mariscal.

*

Anduvo largo tiempo poniendo cepos para atrapar a su propio subconsciente, pero solo cazó pezuñas de bestias innominadas, pingajos de alma perdida, nada con cabeza, tronco y extremidades.

*

Para ejemplaridad y disuasión, las dos horcas con ajusticiados bamboleantes a la entrada del burgo, junto a la cruz de término.

*

Hubo siglos en los que el odio tuvo más grandeza que el amor, antes y después de Cristo.

*

Todo aquello que las inteligencias generosas nos han legado, sin sospechar que pudiéramos ser herederos tan mezquinos.

*

Con los años no hagamos caso del rostro que vamos teniendo, si la gula lo abotarga o se ha agrietado por algún resentimiento o alcohol, porque esos millones de células no son nuestras sino del azar de Dios.

*

Vivió su tiempo en plenitud, viéndose en el espejo como una buena persona y solo con la decrepitud se dio cuenta de que era roñoso, falaz y apocado.

*

A la gran dama se la vio jugar fuerte y mal, dispuesta a autodestruirse para no envejecer.

*

Toda una vida dedicada a zancadillear la ambición de los demás.

*

Al escritor siempre arremangado suele faltarle paciencia para la sintaxis.

*

Ni su ángel protector sabe si es peor el nihilista que reza ante un icono o el que lo quema porque le da miedo.

*

La bondad consiste en darle oportunidades al enemigo para que te haga malo.

*

También en el sinfín de los demonios existe una élite tecnocrática, élite o sinarquía.

*

El cinismo puede tener algún valor táctico cuando ya ha roto del todo con el sentimentalismo que lo fundaba.

*

Tenía consigo mismo toda la paciencia del mundo y con la mujer e hijos, ninguna.

*

Es higiénico considerar que, en política, la lealtad es una simulación o un rictus y casi siempre antesala de una defección con mano en daga.

*

En épocas sin grandes escritores se da mucha histeria y no se distingue entre elegía y nostalgia, con lo que nada sedimenta y nada fulge.

*

Los apóstatas post-modernos se distinguen por buscar venganza en los extremos políticos, pasear perros feroces y obedecer a valkirias maduras.

*

El hombre muy susceptible que consigue no inmutarse acaba por ser un depósito infinito de venganzas.

*

El dogmatismo altanero es una de las expresiones intelectuales de la vanidad.

*

Al último autor que dejó escrita una frase inexpugnable le han enterrado sin epitafio.

*

Viajó tanto porque se aburría y escribió libros tan pintorescos que nadie se los creyó, pero eran verdad.

*

Pocos poetas mantienen siempre la serenidad horaciana que ambicionaban y el mundo se les agrieta, más verdadero.

*

Cansado de enamorarse de mujeres que se casaban con otro, se hizo misógino, tomándose por filósofo.

*

La civilización se adentra en el siglo XXI con cansancio y si algún espíritu yergue alta la cabeza se le atribuye impostura y no pocas veces con acierto.

*

Esas prosas que parecen irse deshilachando hasta que por sorpresa coagulan en una frase semejante a un castillo inexpugnable.